



Distintas formas de pensar

Las opiniones de los economistas estadounidenses varían según el género, lo que puede tener implicaciones en la formulación de políticas nacionales

Ann Mari May

LAS EMPRESAS que cuentan con mujeres en sus consejos directivos obtienen regularmente mejores resultados que aquellas sin presencia femenina en este órgano, según un estudio reciente presentado por Credit Suisse Research. El mayor interés por el tema de la diversidad de género en consejos directivos y en cargos de formulación de políticas ha generado un creciente número de potentes estudios y un animado debate sobre las ventajas de la diversidad de género.

¿Cómo y por qué un mayor equilibrio de género en equipos de decisión mejora el proceso de toma de decisiones en grupo y sus resultados? Abundan las sugerencias. Las más convincentes son las derivadas del estudio de Katherine Phillips, profesora de psicología de la Universidad de Columbia, y sus colegas (2011), que examinaron el impacto de una mayor diversidad en equipos y observaron que, en promedio, es más probable que las personas se preparen más para una actividad si saben que esta implicará trabajar con un grupo diverso y no con uno homogéneo. Los investigadores explican que la gama de temas que se debatirá en un grupo diverso probablemente será más amplia, que la diversidad alienta a las personas que constituyen la mayoría a pensar de manera más crítica sobre las cuestiones en las que trabajan, y que un grupo diverso probablemente generará mejores resultados que uno homogéneo.

Hoy en día la diversidad de género no es solo una cuestión de equidad, sino también de desempeño y resultados. Ya no se trata de determinar si la diversidad de género es importante, sino cómo puede lograrse.

Quienes creen en los beneficios de mejorar el equilibrio de género en la formulación de políticas se basan, por lo menos en parte, en la idea de que las opiniones sobre cuestiones de política económica, de hecho, pueden variar entre hombres y mujeres economistas, lo que hasta ahora no ha sido suficientemente comprobado.

Aunque los estudios sobre la profesión de economista demuestran que existe un consenso considerable en una amplia variedad de cuestiones de política económica, ha habido cambios demográficos en esta profesión. En Estados, las mujeres recibieron solo el 19,8% de los doctorados en economía en 1988, mientras que en 2011 obtuvieron el 34,4%. Dados estos cambios, las diferencias de género, si las hubiera, en cuanto a puntos de vista sobre cuestiones de política económica pueden comenzar a tener implicaciones significativas en la formulación de políticas.

Convicciones fundamentales

Encuestamos a una muestra aleatoria de hombres y mujeres de la Asociación Estadounidense de Economía que realizaron sus estudios de doctorado en Estados Unidos. Tras controlar por la década en que las personas encuestadas obtuvieron su doctorado y el tipo de empleo actual, observamos algunas similitudes pero también importantes diferencias en las opiniones de estos economistas, que se dividían según el género. De hecho, en la mayoría de las preguntas, el género fue el único factor que produjo una diferencia de opinión significativa.

Tal vez no resulte sorprendente que nuestro análisis estadístico muestre un consenso entre las opiniones de los hombres y mujeres



economistas en cuanto a metodología y principios económicos básicos. La mayoría coincide en que las personas son maximizadores de utilidad y tienen deseos ilimitados —dos principios fundamentales de la doctrina económica— y que los modelos matemáticos deberían ser una parte importante de la economía.

Curiosamente, los economistas también coinciden en que los estudios sobre los hogares deberían incluir el proceso de toma de decisiones dentro de los hogares. Esta conclusión refleja la creciente influencia de los estudios sobre modelos de negociación en los hogares que reconocen explícitamente la posibilidad de que en el hogar se planteen conflictos de intereses.

¿Cuál es nuestra conclusión? Los hombres y las mujeres economistas parten de los mismos supuestos con respecto al comportamiento de las personas y al enfoque utilizado para estudiar la economía, y las opiniones de ambos grupos han evolucionado a fin de reconocer que en un hogar se plantean intereses complementarios y contrapuestos.

Opiniones divergentes

A pesar de tener una formación académica y opiniones similares sobre la metodología y los principios básicos, los argumentos a favor de las soluciones de mercado o de la intervención gubernamental varían de manera significativa entre hombres y mujeres economistas.

Los economistas como grupo suelen inclinarse por las soluciones de mercado como medio eficaz para asignar recursos. Sin embargo, en nuestro estudio, en promedio, los hombres economistas consideran más frecuentemente que las mujeres economistas que la regulación en la Unión Europea y en Estados Unidos es excesiva. También los hombres están mucho más de acuerdo en que los padres reciban cheques de educación para que sus hijos vayan a escuelas privadas o públicas en lugar de tener que depender de las escuelas públicas financiadas por el gobierno.

La evidencia estadística muestra rigurosamente las diferencias de opinión entre hombres y mujeres economistas sobre la redistribución y otros temas denominados “compasivos”. En Estados Unidos, las mujeres están mucho más a favor de avanzar hacia una distribución del ingreso más equitativa y una estructura impositiva más progresiva. También apoyan la vinculación de la apertura de las importaciones con las normas laborales de los socios exportadores y es más probable que estén de acuerdo con la opinión de que debería exigírseles a los empleadores en Estados Unidos que ofrezcan seguro de salud a sus empleados a tiempo completo.

En general, nuestras conclusiones son congruentes con los estudios en los que se identifican brechas de género entre la población a nivel general en temas “compasivos”: ayuda a los pobres, desempleados y enfermos. Pero también nuestros resultados revelan mucha información sobre los economistas. Según nuestra encuesta, es más probable que las mujeres acepten la intervención gubernamental para hacer frente a las desigualdades sociales, como un acceso inadecuado a la atención de salud y normas laborales deficientes, mientras que para los hombres son más importantes los peligros de la intervención gubernamental, como la posibilidad de que un aumento del salario mínimo eleve las tasas de desempleo entre los trabajadores no calificados.

Lo más sorprendente son las opiniones profundamente divergentes entre hombres y mujeres economistas sobre cuestiones de igualdad de género en general y en la profesión en particular. Las mujeres encuestadas están mucho menos de acuerdo que los hombres con la afirmación de que en Estados Unidos las oportunidades de empleo para hombres y mujeres son aproximadamente iguales. Al preguntarles sobre la brecha de género en los salarios, los hombres responden con mucha más frecuencia que las mujeres que esta brecha se explica por las diferencias en el capital humano (capacitación y conocimientos) y las opciones profesionales voluntarias.

Al evaluar la igualdad de género en la economía, los hombres economistas son claramente más optimistas que las mujeres. Al preguntarles si la educación superior en Estados Unidos favorece al hombre más que a la mujer, las mujeres responden con mayor frecuencia que efectivamente es así. Análogamente, las opiniones entre hombres y mujeres economistas divergen sobre las oportunidades de trabajo para docentes en facultades de economía.

Política económica

En los próximos años el número de mujeres economistas que influirá en los debates de política económica será cada vez mayor. Sus opiniones —el hecho de que estén menos dispuestas que sus colegas a aceptar las desigualdades como algo inevitable y más propensas a considerar mecanismos alternativos para configurar la política pública— tienen un impacto en la política económica. También es probable que las mujeres economistas contribuyan a modificar la dinámica del proceso de obtención de resultados de política y crear un entorno en el que las personas esperen ver diferentes perspectivas y se esfuercen más para asimilar diferentes ideas.

Como dijo el ex Presidente de Estados Unidos, Bill Clinton, “Tomamos las mejores decisiones cuando hablamos con personas que saben cosas que nosotros ignoramos y comprenden las cosas de manera diferente”. En definitiva, esperamos que nuestras diferencias ayuden a mejorar la política. ■

Ann Mari May es Profesora de Economía en la Universidad de Nebraska—Lincoln.

Este artículo se basa en Ann Mari May, Mary G. McGarvey y Robert Whaples, 2013, “Are Disagreements among Male and Female Economists Marginal at Best? A Survey of AEA Members and Their Views on Economics and Economic Policy,” Contemporary Economic Policy. doi: 10.1111/ceop.12004.

Referencias:

Credit Suisse Research Institute, 2012, *Gender Diversity and Corporate Performance* (agosto). https://infocus.credit-suisse.com/data/_product_documents/_shop/360145/csri_gender_diversity_and_corporate_performance.pdf

Phillips, Katherine W., Sun Young Kim-Jun y So-Hyeon Shim, 2011, “The Value of Diversity in Organizations: A Social Psychological Perspective”, en *Social Psychology and Organizations*, editado por David De Cremer, Rolf van Dick y J. Keith Murnighan (Nueva York: Routledge), págs. 253–71.